

infusa», como determinación externa al propio ser personal de Jesús» (p. 472). Esta afirmación plantea inmediatamente un problema: ¿es posible una visión inmediata de Dios que no sea beatífica? El problema se planteaba con fuerza en el siglo XIX a la hora de hablar del sufrimiento de Cristo en la Cruz. Son conocidas las diversas soluciones —siempre insatisfactorias— que se han dado a esta cuestión a lo largo de la historia. Una de las últimas y quizás de las más sugerentes es la propuesta por K. Rahner. El lector queda con el deseo de conocer la razón que aduce González de Cardedal para dar por sentado que esta visión de Dios no es «necesariamente beatífica».

Algo parecido sucede con el tema de la impecabilidad de Jesús y su libertad. El autor dice que esa imposibilidad de pecar es «resultado necesario de la unión hipostática, de la unidad de voluntad de Jesús con el Padre, de la determinación previa de la naturaleza humana por estar radicada en la persona del Hijo al que pertenece imperdiblemente la adhesión al Padre», y continúa llamando la atención sobre el hecho de que, aunque las naturalezas son el *principium quo*, el sujeto que actúa es la persona. «El Hijo —concluye— no podía ponerse en contradicción con su esencia; y pecar hubiera significado renegar de su propio ser y fundamento filial» (pp. 478-479). El lector queda con deseos de saber más: cómo esa impecabilidad radicada en el ser de la persona de Cristo es compatible con una auténtica libertad humana. De aquí se hubiera seguido, además, no sólo una profundización en la naturaleza de la libertad, sino que, además, desde el misterio de la libertad de Cristo se habría iluminado el misterio y el sentido de la libertad humana. El libro concluye con un largo capítulo a la forma en que el Mediador alcanza nuestra salvación.

Esta cristología es amplia: casi seiscientas páginas de texto seguido. La claridad de exposición, la buena pluma y el interés de las cuestiones hace que no canse nunca. Se trata, además, de un libro que no se debe leer en diagonal: cada página merece una atención detenida, porque cada una dice cosas interesantes.

Lucas F. MATEO-SECO

Romano GUARDINI, *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*, trad. D. Romero y C. Díaz, BAC, Madrid 1999, 937 pp., 13 x 20, ISBN 84-7914-407-6.

«Ethik. Vorlesungen an der Universität München» contiene las lecciones de ética que el profesor impartió en la Universidad de Munich entre 1950 y 1962. Siguiendo la costumbre académica alemana Guardini escribía el texto completo de sus lecciones. No pocas veces estos borradores constituyeron el

esquema, ya muy elaborado, de algunas de sus obras. La edición alemana de ésta es promovida por la Academia Católica de Baviera con motivo de la conmemoración del veinticinco aniversario de la muerte de su autor. Editada por Hans Mercker y Martin Marschall pone orden a un ingente material manuscrito compuesto de textos muy elaborados junto a notas inacabadas. Indudablemente estas lecciones constituyen una parte importante del pensamiento guardiniano que ya ha alcanzado plena madurez. Su publicación viene precedida por la de las lecciones que se contienen en «Die existenz des Christen» —«La existencia del cristiano», trad. autor López Quintás, BAC, Madrid, 1997—, desarrollo de los elementos constitutivos de una antropología cristiana dentro del marco de lo que Guardini denomina un pensamiento existencial.

Siguiendo su estilo habitual el profesor trata de conducir al oyente en el desarrollo de su pensamiento hasta que la verdad se le hace presente con toda su fuerza interpelante. Un movimiento que se sigue desde la experiencia vital hasta el núcleo teológico de la verdad que la sustenta. Estas lecciones contienen un tratamiento descriptivo de la realidad humana tal y como aparece en la experiencia inmediata, escasas referencias bibliográficas explícitas en un discurso sólo posible desde el vasto conocimiento de la tradición clásica y del pensamiento moderno y la Revelación como perspectiva que otorga amplitud a su mirada intelectual: Dios es real y el hombre sólo es hombre ante Dios.

En su clase introductoria Guardini señala el marco de su reflexión: «Existe, es verdad, una ética que quiere proceder de forma puramente filosófica, excluir cualquier elemento de fe, y fundarse sólo en datos naturales. Su propósito parece teóricamente viable, pero en realidad constituye una reducción del fenómeno, ya que la revelación es un hecho que está ahí aunque el hombre individual adopte ante ella una actitud negativa. Nuestra existencia es, decididamente, un entramado de personas y cosas, de sucesos y órdenes, en el que se halla presente el hecho de la Revelación, de forma que esa conciencia puramente natural, presupuesto de cualquier ensayo filosófico, no existe para ella. Quedará así patente que los temas éticos tienen relación con lo religioso en sentido amplio y, específicamente, con la religión revelada. Y entonces se plantea la cuestión de qué es lo que la revelación misma significa para la vida moral; cómo se configura el “ethos” del humano que cree en ella y de ella vive, y cuál es el contenido que distingue a este “ethos”». Así, aunque Guardini divide el curso en dos partes, la primera como estudio de la ética natural, del conjunto de fenómenos que se encuentran en la conciencia moral inmediata, y la segunda como estudio de la ética cristiana en sentido estricto, todo el marco de reflexión se encuentra guiado por la verdad de la existencia de la unidad de la vida humana creada.

Guardini percibe cómo la ética no sólo debe pensarse desde el dato metafísico que indica que el hombre es creado por Dios, sino que además teniendo en cuenta que la fe cristiana se ha inculturado, dejando como producto histórico costumbres, leyes e instituciones, ha incidido en la educación, en el arte y en la literatura, y ha dejado su impronta en el lenguaje, siendo origen de nuevas significaciones, no puede existir en Occidente una cultura ética independiente de la revelación. Cuando pensadores como Karl Marx, Friedrich Nietzsche, Nikolai Hartmann o Jean Paul Sartre, niegan la revelación se mantienen en una necesaria relación con ésta.

El núcleo de la experiencia ética es la interpelación absoluta del bien que vincula la existencia, que le otorga sentido aunque haya experiencia de fracaso en alguno de sus aspectos parciales. Se pueden realizar valores periféricos pero si no hay determinación en la consecución del bien la existencia fracasa. El discurso Guardiniano desarrolla la descripción del fenómeno. El bien es un fenómeno esencial y originario no reducible a otros. No puede definirse a partir de otra cosa: no es reducible a la biología, la psicología o la sociología. Sólo se capta desde sí. Es testimonio del sentido de la configuración del ser; aparece como una evidencia: el individuo es interpelado por el poder de su sentido. Forma parte de su esencia reclamar su respeto incondicional. Da sentido a todos los datos de la existencia que éstos no pueden fundamentar. Infinito en su contenido y simple en su forma, debe concretarse para hacer posible su realización. Ahora bien, la dificultad estriba, en reconocer el bien en la situación concreta; en poder responder a la pregunta qué es lo bueno aquí y ahora. Es en la respuesta a esta pregunta donde la multiplicidad de manifestaciones culturales e históricas nos sitúan ante la apariencia del relativismo moral. Pero entender el bien como posición arbitraria ante una realidad que parece carente de significado propio, afirmar que no existe una esencia de las cosas y que no hay ninguna exigencia esencial que derive de ellas, para Guardini constituye una ficción. Así las diferentes formas culturales en que se manifiesta el Bien nacen del intento de captar la exigencia de sentido que proviene de lo existente y ponerse en disposición de responder ante ésta. Esto es así porque el mundo ha sido confiado al hombre como tarea. Y aquí Guardini se va acercando a la significación religiosa última de su razonamiento: Dios, es el Bien, fundamento primero del mundo, que ha confiado al hombre como tarea.

Las lecciones prosiguen con la descripción de los elementos que hacen posible la conciencia moral: el conocimiento, la libertad y la necesidad de formación de la conciencia. Después se trata de las fases en que actúa la conciencia moral: antecedente al acto, como responsabilidad por la acción, como estado y como acto. Sigue la descripción del fenómeno ético como propio del hombre, para quien conocer es captar la esencia y el sentido de lo existente; la

libertad es posibilidad de poner el inicio de la acción; los sentimientos son el modo en que se hace notar la disposición ética; la memoria y la previsión la manera en que se tiene conciencia del entramado vital; la corporalidad y la espiritualidad formas de la unidad vital; el lenguaje modo de revelarse en la palabra; la posibilidad del encuentro manifestación de la apertura esencial del hombre a otros y a las cosas. Las lecciones continúan con el estudio de la naturaleza de la virtud y de la perfección humana, que implica siempre una tensión escatológica. La descripción de la naturaleza de la culpa, del arrepentimiento y la necesidad de ser perdonado, conducen la dimensión ética de la vida de nuevo al ámbito religioso. Sólo Dios puede perdonar radicalmente: sólo Él, en quien Bien y Poder se identifican, puede obrar esa nueva creación que restaña la herida, que otorga con su libertad creadora un inicio absoluto. Al abrir las diferentes dimensiones de la vida ética a la realidad religiosa, Romano Guardini se separa de los principios de la ética kantiana, que convierten la ley moral en un a priori de la razón, en una objetividad abstracta.

Guardini aborda la descripción de lo que llama «figuras de valor». La tarea ética comienza por la aceptación de la realidad concreta que uno es y en la que uno vive. La primera tarea ética es la aceptación de sí mismo, de la familia, del pueblo, de la patria, de la lengua. El tiempo, la historia la naturaleza, también son las condiciones de nuestra existencia ética, de ellos se derivan exigencias concretas. La tarea ética presenta exigencias peculiares en las diferentes etapas de la vida, según la condición sexuada, o los valores de la amistad. En el ámbito de la cultura los retos éticos se plantean en el desarrollo del conocimiento y de la ciencia; la articulación adecuada de la palabra y el lenguaje; el equilibrio entre la convicción y la tolerancia; los problemas éticos derivados de la condición eidética de la obra de arte y de las posibilidades que ofrece el avance de la técnica; aborda la dimensión pública de la ética en el estudio de las características del bien común y los problemas particulares que se encuentran en la cortesía como virtud, la educación y la medicina. Algunos de estos temas, tratados aquí brevemente, ya han sido objeto de estudio en otras obras, tales como «Die Begegnung. Aus einer Ethikvorlesung», 1955; «Die Macht. Versuch einer Wegweisung», 1957; «Über das Wesen des Kunstwerks», 1959; «Die Annahme seiner selbst», 1960; «Die Lebensalter. Ihre ethische und pädagogische Bedeutung», 1960; entre otras.

Finalmente, Guardini se adentra en el estudio del «ethos cristiano». Trata sobre el pilar de la creación como otorgación de verdad y sentido a la realidad y, en particular, la creación del hombre como llamada personal de Dios a la comunión y encuentro que debe producirse en libertad; el primer pecado como herida que excluye al hombre de la comunión inmediata con Dios; la rebelión que excluye al hombre del paraíso. Se interrumpen aquí las lecciones de Guar-

dini. Sólo queda un esquema de lo que hubiera sido su proyecto para la última parte de la ética. El conocedor de la obra de Romano Guardini sabrá que el esquema que se propone se encuentra ampliamente desarrollado en el conjunto de su obra publicada.

Mónica CODINA

Bernard SESBOÛÉ, *Creer*, ed. San Pablo, Madrid 2000, 656 pp., 13 x 21, ISBN 84-285-2265-0; *Crederè. Invito alla fede cattolica per le donne e gli uomini del XXI secolo*, Queriniana, Brescia 2000, 535 pp., 17 x 24, ISBN 88-399-0102-7; *Croire. Invitation à la foi catholique pour les femmes et les hommes du XXIème siècle*, Droguet et Ardant, Paris 1999, 576 pp., 15 x 23, ISBN 2-7041-0731-9.

La actual situación de secularización progresiva en países tradicionalmente cristianos plantea la necesidad —entre otras cosas— de lograr ofrecer exposiciones actualizadas, abarcantes y profundas, de la fe cristiana, fácilmente accesibles a un lector —que verosímilmente carece de una información o formación básica en la fe—, y que sin embargo posee una formación intelectual amplia en otros sectores del conocimiento.

Esta necesidad explica la aparición en los últimos años —como, por lo demás, ha sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— de exposiciones dirigidas especialmente a estos lectores, creyentes o no, interesados en conocer o comprender mejor la fe cristiana. Aparte del *Catecismo de la Iglesia Católica*, cuyo género es propiamente expositivo, hay otras obras, como algunos *catecismos para adultos*, que aspiran a exponer y juntamente explicar, en diálogo con el lector, el fundamento de la fe. Así, y entre otros, el caso paradigmático el *Catecismo Católico para Adultos* de la Conferencia Episcopal Alemana, en sus dos volúmenes.

El libro del teólogo francés —bien acreditado por su amplia tarea científica—, aparecido recientemente en su traducción española, se mueve en este contexto de preocupaciones y objetivos, aunque no se trata de una exposición como las mencionadas. Tampoco pretende una «introducción al cristianismo» al estilo de la conocida de J. Ratzinger y otros. Da un paso más desde el punto de vista metodológico. Quiere exponer las grandes cuestiones del Credo cristiano, de las que informa en cada caso, pero concediendo un protagonismo central a una reflexión teológica de alta divulgación, que permita acceder a la inteligibilidad y sentido de esos diversos contenidos de la fe, en ocasiones poco conocidos tanto por no creyentes como por los creyentes mismos.

Esta exposición de la fe cristiana, con esa metodología, se mueve también, según informa el subtítulo de la obra, en el ámbito de una «invitación» a